

Actual (Mérida) (23): 87-94,
Octubre de 1992.

Amalivaca, una afirmación necesaria en la Venezuela de los 500 años festivos

Trino Borges

I

En variadas ocasiones la historia de Venezuela ha sido negada o tergiversada. En alguna oportunidad anterior se quiso hacer creer que nuestros inicios estuvieron marcados únicamente por la realidad del petróleo, que con el descubrimiento de los hidrocarburos le habíamos dado la conformación esencial a nuestra cultura. Y en los actuales momentos, en la década de los 90, de nuevo aflora esa negación, que no es sólo el caso de Venezuela, sino la del continente entero. Todo lo cual envuelto en los trazados que los centros de poder hacen del mundo, amenazado éste por una unipolaridad acorralante, por el anuncio de que la historia misma habría muerto y por el señalamiento de que los movimientos nacionales se volvieron innecesarios acá por carencia de sentido. Lo evidenciado es que vivimos tiempos desnacionalizantes, en

donde se nos apabulla persistentemente con una mundialidad que todo lo satura, y que no podría ser universalidad, puesto que allí sólo predominan unas relaciones muy particulares: un Norte hegemónico, centralista, excluyente, desdeñista, frente a un Sur periférico, subdesarrollado, estrangulado por la llamada deuda externa.

Dentro de ese cuadro último aparece el tan citado V Centenario, ciertamente una fecha conmemorativa, pero convertida mayoritariamente en un espectáculo, en una inmensa fiesta. El año de 1992 no ha redundado una jornada de crítica y urgente reflexión de nuestro devenir: de nuestros orígenes, de nuestro proceso, de lo que hemos sido. ¿De qué son esos tales 500 años, de los cuales tanto se habla?, sería la inevitable interrogante. Ahí están —y valga la rápida indicación—, como muestra acusadora y como índice de un balance inevitable, los indígenas venezolanos actuales, descendientes directos de los primeros pobladores de estas tierras, viviendo una situación degradante, segregados en una especie de *apartheid*, y en lucha permanente con la estructura de un Estado que los excluye, de unas leyes que coditianamente los atropellan.

Con 1992 se ha pretendido hacer farándula, montar escenarios para el despliegue de fuegos artificiales, y para el movimiento de una estatuaría de encargo, o simplemente para mover muñecos de trapo y aserrín. Y lo más visible de esa fiesta, lo vulgarmente evidente, es que todo el pasado nuestro, lo que José Martí llamara nuestra antigüedad, fue eliminado, o en todo caso transformado en quincallería. Es como si aquí no hubiese existido anteriormente la historia, ni menos un desarrollo social y un proceso cultural. Con lo cual se está ignorando intencionalmente hasta lo que dijeron los propios cronistas de aquellos tiempos de conquista invasora, pero lo más grave todavía, es que se está despreciando el testimonio

científico que arrojan los abundantes estudios paleontológicos y arqueológicos realizados en la territorialidad de este continente. Lo que ha resultado de todo ello es que se ha montado un simple retablo, con mucho ruido, con gran despilfarro de recursos económicos, para con ello robustecer el olvido, en síntesis, para anular los contornos diferenciadores de nuestra real cultura latinoamericana y del Caribe.

II

¿Por qué o para qué plantearse hoy, en estos instantes, esa antigüedad americana?

No sería para refugiarse, ni para esconderse. Hablar de ella significa valorar críticamente ese pasado nuestro, innegable, que siempre estuvo allí. Que a pesar de todos los esfuerzos que hizo el colonialismo a partir de 1492, para desacreditarlo, y que en los tiempos contemporáneos, las versiones neocolonizantes han tratado de anularlo, sin embargo ha sobrevivido, se ha desplazado a lo largo de esos cinco siglos de proceso histórico. Indudablemente que ha sido una línea que no pudo borrarse. Aquella memoria colectiva recibida de nuestros primeros padres, se incorporó al torrente de la cultura y continuó su marcha. Y después de tantos años, se le puede localizar como un componente activo en tantas manifestaciones y expresiones del hombre actual. Los ejemplos abundarían en el vasto campo de la creación literaria de nuestra América, ésta hoy tan genuinamente martiana.

Un caso es el de Amalivaca, un mito orinoquense, cuya existencia, su funcionamiento cultural en aquellos tiempos remotos, no fue casual, pero tampoco es puro azar que atravesara las fronteras de aquel viviente mundo indígena anterior a 1492, y que haya llegado a nuestra contemporaneidad, y que confluyera

al desenvolvimiento cultural de los días que corren. Como es sabido dicho mito contiene la imagen de un gran viajero, navegante de aguas fluviales, pero también del mar. Era un fundador de pueblos. Un ser superior, lleno de sabiduría, con la misión de enseñar, de proporcionar conocimientos para domeñar a la naturaleza y para proteger a los hombres. Cuando Amalivaca arribó a las tierras sureñas no lo hizo para engañar, para esclavizar a los habitantes de esa geografía. No venía en plan de conquista. La percepción indígena es muy clara y muy precisa en esto. Su presencia es demarcadora de un antes y un después, por cuanto con él se inicia una etapa decisiva en el mundo de nuestros antepasados. Correspondería a una fase neolítica. Amalivaca significaba en esa óptica un avance, un progreso, en el desenvolvimiento económico y social de esas comunidades a las orillas de los grandes ríos. Por eso, dichos pueblos tenían tan internalizada esa figura. De allí su relieve en la vida cultural de estos hombres, y explicable que el relato haya quedado grabado en algunas piedras, en las figuras de los petroglifos, aún todavía sin descifrar, y en toda la oralidad, es decir, en la memoria colectiva de la mayoría de los indígenas de Guayana.

También es bueno decirlo, Amalivaca comenzó a circular tempranamente en la escritura de algunos viajeros europeos por la zona, lo cual contribuyó a su divulgación fuera del continente americano. Uno de ellos es Felipe Salvador Gilij (1721-1789), que estuvo por esos lares en el siglo XVIII, era un misionero de origen italiano que durante casi 20 años residió en la región. De su experiencia quedó una obra, en tres volúmenes, titulada **Ensayo de Historia Americana**. El otro vocero fue Alejandro de Humboldt (1769-1859), el sabio alemán como suele llamársele, quien anduvo por el Orinoco en los inicios del siglo XIX. Lo que vio, lo que observó en su largo recorrido, lo registró minuciosamente en las páginas que dejó escritas: **Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo**.

III

El mito se vuelve actualidad en el siglo XX, en un uso muy diferenciado de sus orígenes, en la manera como manifestaciones culturales nuestras lo asumen plenamente y lo ubican dentro de otro contexto. Ahora se estaría nutriendo de necesidades distintas, de otras urgencias, de otras perentorias razones.

Enrique Bernardo Núñez (1895-1964) lo trabajó en 1931 en **Cubagua**, como parte de la trama de la novela, en un capítulo que lleva como denominación "Vochi". Más tarde, en un artículo periodístico de 1956 editado en **El Nacional** de Caracas, titulado "El gran viajero Amalivaca".

En las letras de Alejo Carpentier (1904-1980) empieza por aparecer desde 1948, en alguna crónica sobre Guayana, impresa en la revista cubana **Carteles**. Después se observará en la novela **Los pasos perdidos** (1953), como uno de los motivos en los que se entretaje la narración; igualmente se volverá tema central en la elaboración de "Los advertidos" —incluido en volumen en 1971—, que es un cuento, suerte de convocatoria después del gran diluvio, a todos los Amalivaca del mundo, a la que concurren: el ya mencionado navegante del Orinoco, el emisario del lejano Reino de Sin, igualmente Deucalión, Noé, Out-Napishtim, etc., con dicho entrecruzamiento el escritor antillano puso de relieve la carga universalista que contenía el relato indígena nuestro venido de aquella remota época. Habría que recordar que Carpentier estuvo viviendo entre nosotros desde 1945 hasta 1959, cuando regresó a su patria.

En 1955, César Rengifo realizará el gran mural en el Centro Simón Bolívar. Que es el tratamiento plástico del mito, en una visión globalizadora del pasado y el presente, y en una funcionalidad pictórica dentro de un conjunto arquitectónico de

la Caracas de los recientes tiempos. El propio pintor justificaba su obra resaltando su propósito: había querido que fuese “un testimonio donde quedara plasmado lo que éramos, un país que poseímos una cultura muy enraizada en su desarrollo histórico con raíces profundas de un gran valor y que demostraba toda la riqueza espiritual que yacía en nuestros pueblos autóctonos antes de la llegada de los españoles”.⁽¹⁾

Con Velia Bosch, en un texto que deseable sería verlo convertido en una cantata o en una sinfonía, se produce su versión poética en 1974. Y para que no quedara ninguna duda de lo que se trataba, la autora lo denominó **A los cinco grados de latitud**. Con dicha denotación, la meta no serían los horizontes ilusorios, ni menos los espejismos, sino las líneas laboriosamente trazadas por nuestra propia historia, norte de toda exploración cultural. De allí el énfasis, la epicidad de la voz y el relieve que se le da a un paisaje, amplio escenario del hombre en el ayer y en el hoy, verdadero cruce de rutas, de palabras y de cantos:

“Esta es la región de las PIEDRAS GRABADAS
entre el Orinoco y el Amazona
 esta es la faz de las piedras
 desde donde habla
con castas palabras
de signos milenarios
 el más sabio de la tribu
con verdad pura de agua
al común de las gentes.
Esto es la piedra
esto es casa de palabras
 casa de pensamientos
entre el Casiquiare y el Atabapo
 a los cinco grados de latitud
 bajo las poderosas fuentes del Esequibo
 y el río Branco
¡Oh dioses! esto es sitio de mi canto
 todo un continente...”

IV

Naturalmente que esto anterior, no ha sido la única expresión de este mito americano. Así como su protagonista es la viva estampa del viajero, esta composición gestada antes de 1492 ha seguido su curso airosamente, desplazándose por caminos diversos y distintos, atravesando fronteras geográficas, sembrando de ávidos signos los contextos de tantísimas páginas en blanco ⁽²⁾. Ciertamente su multiplicidad es destacada señal afirmadora de lo que han sido antes tierras nuestras americanas.

NOTAS

1. En: **Seña**. N° 1. Mérida, Noviembre de 1983.
2. El profesor Alberto Rodríguez Carruci, de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, ha llevado a cabo una acuciosa investigación sobre el tema. Producto de todo ello es un extenso trabajo escrito en espera de su publicación.

FUENTES DE ESTUDIO CONSULTADAS

- BERLIOZ, Luisa. "De la contención a la distensión aparente: triunfo del Oeste sobre el Este, pero también del Norte sobre el Sur". En **El Nacional**, Caracas, 31 de mayo de 1992.
- BOSH, Velia. **A los cinco grados de latitud**. Caracas, (s.e.) 1974.
- CARPENTIER, Alejo. **Los pasos perdidos**. EDIAPSA, México, 1953.
- _____. **Cuentos completos**. Barcelona (España), Editorial Bruquera, 1979.
- _____. "El Salto del Angel en el reino de las aguas". En: **La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo**. México, Siglo XXI Editores, 1981, pp. 64-71.

- GALICH, Manuel. Nuestros primeros padres.** La Habana, Ediciones de Casa de las Américas, 1979.
- GILIJ, Felipe Salvador. Ensayo de historia americana.** Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965.
- HUMBOLDT, Alejandro de. Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo.** Caracas, Monte Avila Editores, 1985.
- NUÑEZ, Enrique Bernardo. Cubagua.** Caracas, Imprenta Nacional, 1947.
- _____. "El gran viajero Amalivaca". En: **El Nacional**, Caracas, 13 de mayo de 1956.

NOTAS

1. En *Boletín N.º 1. Mérida*, Noviembre de 1983.
2. El profesor Alberto Rodríguez Carrón, de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, ha llevado a cabo una amena investigación sobre el tema. Fruto de todo ello es un extenso trabajo escrito en espera de su publicación.

FUENTES DE ESTUDIO CONSULTADAS

- BIBLON, Luis. "De la colonización a la independencia americana: trunfos del Oeste sobre el Este, pero también del Norte sobre el Sur". En *El Nacional*, Caracas, 31 de mayo de 1983.
- BOH, Václav. *A los cinco grados de latitud*. Caracas, (s.a.), 1974.
- CARPENTIER, Alaja. *Los pesos perdidos*. EDIARSA, México, 1983.
- _____. *Cuentos completos*. Barcelona (España), Editorial Bruguera, 1979.
- _____. "El Sello del Ángel en el reino de las aguas". En: *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo*. México, Siglo XXI Editores, 1981, pp. 64-71.